

LAS
PERLAS MALDITAS
DEL
ALMIRANTE

MÓNICA HERNÁNDEZ

LA S
PERLAS MALDITAS
DE L
ALMIRANTE

m̄r

© 2020, Mónica Hernández

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar

Imagen de portada: Eugene de Blaas, Retrato de una dama.commons.wikimedia.org

Fotografía de Mónica Hernández: cortesía de la autora

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: abril de 2020

ISBN: 978-607-07-6743-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

LA CARTA DEL MUERTO

Sevilla, 20 de mayo de 1521

La última gota de vino bailaba dentro del vaso plateado sin dejarse atrapar. En los últimos meses Diego Colón había vaciado suficientes garrafas como para dejar de hacer muecas a cada trago. Ya no sabía si le gustaba o le disgustaba, pero sentía una acidez creciente en el estómago que un día, estaba seguro, lo mataría. Levantó los ojos y miró a su hermano, tan quieto como una de las columnas de la habitación. Nunca había sido capaz de leer en aquellos ojos oscuros, indiferentes a las emociones que a él le quemaban las tripas. Luego, su mirada recayó en el anciano que tenía enfrente; casi se había olvidado de él. ¿De qué hablaban? Suspiró y lo miró con atención: le faltaban dos dedos de la mano derecha, pero se las ingeniaba para beber sin derramar el vino.

—Hoy es un buen día para morir, ¿no os parece? —soltó Diego sin pensar en el significado de sus palabras.

—Como cualquier otro. —Luis de Torres hacía sonar los labios cuando dejaba la copa sobre la mesa—. Hoy, mañana. Tan bueno como el que sea. —Se limpió la boca con el borde de su capa.

Hernando y Diego se miraron en silencio. La vista turbia de Diego molestaba a Hernando, pero no dijo nada; nunca lo haría. ¿Cuándo entendería su hermano que no debía exponer así sus pensamientos?

El calor de la tarde se desvanecía, dejando paso al fresco de la noche. Finales de mayo, sí, pero aún debían cubrirse de un mal aire. Hernando se movió del *scriptorium* hacia la ventana para cerrarla. Suavizó la expresión al pasar al lado del anciano, tocándole la joroba con la punta de los dedos.

Hubo un silencio breve que rompió don Luis, quien parecía volver de una ensoñación lejana:

—Así que ¿quince años? No he podido ir esta mañana a la misa en la catedral... Esta pila de huesos viejos por las mañanas no se puede mover y no hube de salir. Además, tenía nuestra cita semanal, así que os dejo mis respetos. Gran hombre, Cristóbal Colón. —Alzó la copa en un ademán ágil y violento—. Un honor haber conocido a vuestro viejo padre. Dignos hijos suyos, os lo digo yo.

—Gracias, don Luis. Os agradecemos. Padre habría estado muy complacido. La misa fue bella. Agradecemos también que el arzobispo Deza haya mencionado al padre Gorrício. Ambos conocieron a padre y escucharlo mencionarle ha sido un bálsamo para nuestros corazones. ¿No es verdad, Diego?

Su hermano asintió y cogió la botella que lo miraba desde la mesa, desafiante. Como si tuviera agallas, parecía recriminarle. Suspiró y rellenó ambas copas. Con una mano espantó a las moscas que revoloteaban alrededor de los restos de la cena. El padre Gorrício... otro que le debía explicaciones sobre el contenido de los baúles de su padre y otro que tampoco se las daría. ¿Qué provecho sacaban de todo esto? Hablar con un hombre que estaba pronto a morir lo torturaba. Sacudió la cabeza, buscando de nuevo la mirada de Hernando, pero sus ojos se toparon primero con la mirada inocente y nublada del viejo.

—¿Sabéis qué otras cosas recuerdo? De vuestro padre, sí. Sois el retrato vivo, don Diego. El cabello rubio, los ojos grises como el acero. Podía cortar con aquella mirada. Tengo claro cuándo perdí este ojo. Aquellos salvajes... El Adelantado, Bartolomé, era un valiente. ¡Que sí!

—Pero todos hemos de morir un día...

—Razón no os falta, Diego. Al menos hube de llegar a viejo.

A Hernando no le gustaba que su hermano hablara de más. Su indiscreción no era un acto de honestidad; era más bien una grieta, una fisura por donde se colaba el arrepentimiento. Pero la cosa estaba hecha y todo lo que no fuera aceptar resignadamente las consecuencias de los actos propios era digno de cobardes.

Pasó una mosca y, por un momento, los tres hombres guardaron silencio, cada uno ocupado con sus propios pensamientos, mientras la noche comenzaba a colarse dentro del salón de la casa. La puerta del patio central estaba abierta y el olor de las flores se dejaba respirar bien. «Primavera», pensó Hernando, la época del año en que todo lo importante sucede. Las sombras de las macetas desaparecieron y entonces cayó en cuenta de que si el hombre tardaba más en irse, debería acompañarlo hasta su casa. Y eso era algo que bajo ninguna circunstancia debía ocurrir. El anciano permanecía con la mirada fija en el hueco de su mano; parecía ver los dedos que le faltaban.

Se puso de pie, sujetó el respaldo de la silla y miró a su alrededor: la estancia familiar tenía todo en su sitio, aunque algo lo inquietaba. Tenía más de dos años visitando aquella casa cada semana, de alguna forma se había convertido en un segundo hogar. Pero ahora una sensación de extrañeza invadía la habitación. Lo mismo que los hijos de su desaparecido amigo, a quienes consideraba como suyos: en aquel momento los percibía como esfinges que extendían ante él un enigma que ya no podía descifrar.

—¿Habéis visto *aquellas* perlas? Escuché que las compró el mercader florentino. —Torres se mantuvo de pie frente a la silla y vio que los hermanos cruzaban una mirada rápida. Diego sacudió la cabeza, pero fue Hernando quien habló.

—Habladurías, don Luis. Las cosas de padre se hallan a resguardo en el monasterio cartujo. Y aunque no está más el padre Gorricio, allí siguen los papeles y todo lo que era valioso para padre. En cuanto a algunas de sus perlas... se han dicho muchas cosas. Padre trajo muchas de las islas, cofres enteros. Algunas las regaló y otras las vendió.

—Mmm... Pero estas eran especiales. ¿Y qué de la tontería esa de que era genovés? ¿De dónde habéis sacado tamaña borricada, eh? Decir que vuestro padre nació en Génova cuando no era capaz de farfullar ni diez palabras en ligur... ¡Pero si todos sabemos dónde nació y quién era su rey! Además, mirad —continuaba el anciano, de pie, buscando en sus bolsillos; se tambaleaba y no acertaba a meter la mano en el hueco de su capa—, aquí, que yo... ¿Dónde diablos está? Yo he dejado testimonio de aquella primera travesía. Quizá venda mis recuerdos, porque paguen buen oro por ellos... Estaba convencido de que la traía. ¡Bue!

Hernando se acercó a él extendiendo el brazo, con un bastón en la mano.

—Se hace tarde y no queremos que andéis solo y a oscuras. ¿Vendréis a nos la próxima semana? Sabéis cuánto apreciamos vuestra compañía, don Luis.

El viejo asintió y se acomodó la gorra sobre la cabeza antes de abrir la puerta de la calle. El aire fresco que subía del Guadalquivir inundó la habitación, haciendo bailar las llamas de las velas. Anduvo despacio y se perdió en la noche.

Después de atrancar la puerta por dentro, Diego Colón se detuvo delante de la jarra que contenía el vino dulce que había estado sirviendo. Hernando lo miraba, sin apartar el *maniculum* del texto que había estado leyendo. Una gota de tinta se secaba en la punta de una pluma, manchando la hoja donde terminaba de escribir.

—Deberíais dejar de beber eso. Es peligroso —dijo mientras cerraba el libro con delicadeza. Sobre la portada se podía leer *Malleus Maleficarum*.

—Habéis dicho que si lo bebía de a poco, no solo no me haría daño, sino que me haría fuerte ante el veneno... *Maleus, Malecus, Maladucarum...* —dijo, intentando leer el título del libro. Soltó un bufido y se dejó caer en un sillón haciendo mucho ruido—. Vuestros malditos libros. Os habéis quedado con la biblioteca entera y aun así os dais tiempo para escribir sobre él. ¿Qué pretendéis demostrar? Ya habéis dicho suficientes mentiras de padre y de nuestra familia.

Hernando tardó en contestar, ocupado en ahuecar con una navaja toledana un libro de pasta de cuero luido.

—Padre insistió. *Eso* lo bebéis diario. Hoy, por ejemplo, conté cuatro. Mucho antídoto, pero va a terminar por mataros a vos también.

Diego resopló. Con la mirada retaba ora la copa vacía, ora el hueco dentro del libro. Vio a su hermano meter dentro un legajo de tapas azules, anudado con un cordón viejo y desgastado.

—¡Ah! ¿Es que me lleváis cuenta? Soy vuestro hermano mayor y estáis a mi cargo. ¿Creéis de verdad que funcione? Todo este asunto me da grima. ¿Cómo podéis borrar su pasado y glorificar su memoria? ¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?

Hernando cerró el libro y lo acomodó entre otros. Su hermano se mesaba los cabellos. ¿Por qué era tan nervioso y colérico? Suspiró y miró hacia la mesa, a los restos de la cena. Había veces, como aquella, en que le dolía mirar a Diego y ver en él a su padre: sus gestos, su voz rabiosa y sus dudas.

—Funcionará. Ya lo veréis. Torres ha estado bebiendo el *Acquetta di Perugia* hace ya tres meses. Hoy, dosis triple, me aseguré. Esta noche dormiré para siempre.

Diego se miró las palmas y juntó los dedos, empujándolos. ¡Otro muerto en la conciencia! Se puso de pie y manoteó sobre la mesa, tirando las copas.

—¿Qué no entendéis? Hernando, ¡llevo miedo! Llevo también hartazgo de los pleitos con el emperador. Estoy

cansado de vuestros libros raros y de mi mujer, que no la soporto. Vos lo extrañáis, pero no sabéis cómo era padre por aquellos años... vestía harapos, hablaba con sus fantasmas... y siempre aquellas cadenas horribles colgando de la pared. Aún las sueño; me persiguen sin descanso. Yo nunca seré virrey ni gobernador de las Indias. Quisiera arrancarme su nombre... Ni dejando sus huesos en Santo Domingo llevo sosiego. La misteriosa fe del notario acerca del bautismo nunca apareció... A veces siento que me vuelvo loco... Temo que nuestro apellido sea en realidad el Maligno, que nos persigue cuando cierro la puerta, cuando apago las velas y hasta cuando tiro de las cortinas de la cama. Ni debajo de las mantas me siento a salvo. ¡No llevo paz! ¿Cómo podéis dormir por las noches?

Hernando se levantó. La imagen de un papel amarillento se quemaba entre sus manos y sacudió la cabeza para ahuyentar la visión. Otro secreto. ¿Qué más daba? Sujetó a su hermano por los hombros y comenzó a hablar despacio.

—Escuchadme bien, Diego Colón. Sois el segundo almirante de la familia. Desposasteis a la sobrina del rey, nieta del duque de Alba. Tenéis hijos. Nadie os culpa por haber obedecido a vuestro rey y a vuestro padre. Estamos a salvo y vuestros descendientes también. De lo otro... los muertos no hablan. Torres era el último.

Diego miró a su hermano, quien le devolvió una mirada limpia. Hernando nunca se quejaba. Al menos, pensó con envidia, encontraba consuelo en los libros. ¿Pero él? Hacía años que no conseguía la paz en ningún lado.

—Las perlas... *Esas perlas*. ¿Llegasteis a verlas? Eran grandes, perfectas y casi iguales. Cualquiera hubiera matado por ellas... ¿No creéis?

Diego miraba el suelo. Su voz era cada vez más pausada, lo mismo que su respiración. Hernando se sentó en una silla, alisando sus calzas.

—¿Las perlas? Un par de veces. Sé dónde encontrarlas. ¡Ah!... Y tengo la carta.

Hernando se acercó a su hermano, quien lo miraba con los ojos muy abiertos, sin atreverse a alargar el brazo para coger el pliego amarillento y sucio que le tendía.

—¿Estáis seguro? ¿Cómo hicisteis para sacarla de su bolsillo? No me despegué de él mientras bebía.

Hernando asintió. La luz de las velas alargaba las figuras en la pared blanca hasta el techo, donde las vigas de madera oscura se las tragaban.

—La paciencia paga, no lo olvidéis.

Diego hundió la cabeza entre sus manos. ¿De verdad aquel pedazo de papel mugroso era la pieza que les faltaba para vivir tranquilos?

—La ha traído en sus últimas tres visitas. Yo mismo la quemaré en cuanto terminéis de leerla, si os place. Y no os preocupéis. El *Acquetta* no deja rastro como los venenos baratos. Torres es viejo y su salud ha frágil. El secreto está a salvo y nosotros también.

Viendo que Diego permanecía inmóvil, Hernando miró el papel amarillento y comenzó a desdoblarlo con calma. Las manos le temblaban, pero no podía dejar de hacer lo que estaba haciendo. En el mismo instante que tuvo la carta a la vista, lo paralizó una duda. ¿Habría leído aquella carta alguien más? Las tripas se le encogieron.

En la muy noble Villa de Sevilla, a diez y tres días del mes de mayo, año de Yavé de 5286, yo, Joseph Ben Ha Levi Haivri, que en vida llevé el cristiano nombre de Luis de Torres, ante Pedro de Inoxedo, escribano de cámara de Sus Altezas y escribano de provincia en la Corte y Chancillería y notario público en todos los reinos y señoríos y de los testigos, escribo esta historia por dejar a mis hijos y herederos y a todos los que de mí descendan, la verdad cierta sobre el origen y acontecimientos

que nos trajeron a estas tierras que ahora mientan América... Señalo que nací en Ciudad Buena, que los cristianos llamaron Córdoba, en Castilla, en medio de una familia de escribas de la Torá, a lo que yo mismo dediqué mis años primeros. Crecido, mi padre consideró que debía salir a conocer mundo y yo y mi hermano hubimos la fortuna de hacer amistad con el noble Joan Colom, natural del reino de Aragón y quien llevara el cristiano nombre de Cristóbal Colón, y hubimos de hacer el viaje con Joan a las tierras del gran Emperador de la India y en busca de una de las doce tribus que habríamos de hallar por aquellas tierras. Mi hermano Moshe Ben Ha Levi Haivri, llamado en vida Antonio de Torres y por la intercesión ante la Reina, Nuestra Señora, de nuestra hermana, dama de compañía de la dicha Reina, cristianamente llamada Juana. Moshe acompañaría al cartógrafo como traductor, que la tripulación había necesidad de uno. Yo viajaría con ellos, como parte de la tripulación del navío *Niña*, propiedad de Peralonso Niño, en carácter de experto astrónomo y lector de cartas de marear, siendo yo habituado con las cartas de Abraham Zacut, que Joan recibiera de manos del maestro en Salamanca.

Las estrellas estaban alineadas aquella noche del 2 de agosto de un mil cuatrocientos noventa y dos años, Tisha Beav, día de la angustia y la vergüenza, último día de los que fijaron las provisiones para que no quedara uno solo heredero de la religión de los judíos dentro las tierras de Castilla, provisión que antes se había extendido por dos meses y luego por tres días. La ventura era favorable y en el cielo leímos el éxito de la expedición, aunque no habría falta de contrariedad. El médico Bernal, Rodrigo y su tío, Gabriel Sánchez, Alonso de la Quer, Juan Cabrera y otros de la nuestra religión y con el miedo en el cuerpo vimos que desligaron las cuerdas y los maderos flotaron y nos hicimos a las aguas oscuras del Mar Tenebroso, en busca de las tierras que imaginamos cubiertas de oro y plata y llenas de árboles de gemas y especias, de sedas y tesoros descritos en el Milione de Marco Polo.

Llegamos a las Islas Afortunadas, porque se hubo saltado el gobernario de la *Pinta* y nos persiguieran unas naves del Rey de Portugal. El Almirante y la Gobernadora pasaron juntos muchos días, dando lugar a la maledicencia de las gentes de poca honra. Pero yo, que hube muchos paseos con ellos, hube de ver que hablaron de la conquista de los indios y sus costumbres, del cultivo de la caña para el azúcar, así como de los pájaros canarios que tanto maravillaron a todos. Cogimos algunos para llevarlos en las naos y nos alegraron el viaje. Hubieron de pasar muchos días, algunos en que cruzamos un mar verde de hierba y lleno de vejigas apestosas que llegaban hasta nosotros y también hubimos un par de rebeliones, que bien aplacó el mayor marino que ha dado jamás la tierra de Castilla, Martín Alonso Pinzón. Nos hallábamos ya en medio de los ejercicios de Yamim Noraim y las tormentas calmaron y la mar también. Pasamos Rosh Hashaná y el 30 de septiembre, Shabat y día del Señor y de Yom Kipur, hasta la luna salió de su escondrijo.

Anduvimos muchas más millas en la mar como lago calmoso, dos navíos detrás de la *Pinta*, que era el más velero de los tres y porque después de la segunda rebelión, Martín Alonso se tornara el capitán a ojos de los hombres. Once noches después, luego de Sucot y alrededor de la media noche, Rodrigo Sánchez, natural del barrio de Triana, en Sevilla, y que siempre tuvo una voz hermosa, subió a la verga con talit y kipah y después de leer los salmos, entonó la tefilah, hasta que de las tres naves muchos nos hubimos de sumar y el nuestro canto subió al cielo. Y fue tal del agrado de Yavé, que nos premió y a dos horas pasadas de la media noche, Rodrigo vio una sombra de tierra que se acercaba y alejaba y sin dejar de dar gracias, elevó sus ojos al cielo, se puso de pie y gritó: «¡Tierra! ¡Que habemos tierra!». Los gritos despertaron a los hombres que dormían en las naves y todos saltaban y bailaban y se abrazaban, con risa y con llanto y dando loas al Señor.

Hubimos de bajar y hacer ritual de tomar posesión en nombre de Nuestro Rey y Reina, Nuestros Señores Naturales. Y las

tierras aquellas eran pura maravilla, de clima como abril en Sevilla, llena de gentes tan hermosas y jóvenes y de cuerpos tan perfectos como no se conocieren. Y hubo riquezas y perlas y oro y especias y aún hubieren muchas por descubrir, lo mismo que islas, que hay por cientos. El Almirante cumplió su promesa de llevarnos a las islas de las Indias por Occidente y cumplió también con volvernos a Castilla, presos de las tormentas que hubieron y a las que sobrevivimos por intervención del Altísimo, y que luego fuimos a pagar con los romeros prometidos a la Virgen. Ha verdad que vivimos sorpresa por la declaración del Almirante ante la Reina y la Corte que fue él quien vio unas luces que se acercaban y se alejaban, alrededor de las diez de la noche, pero las dudas sobre su proceder se evaporaron al saberse que pidió la pensión de los diez mil maravedís de renta anual de promesa de la Reina para la mujer natural de Ciudad Buena, que se llama Beatriz y que le diera a su hijo Hernando, un gesto que le ennoblece. La noche de Navidad se perdió la *Santa María* por causa de las mal maniobras de un joven mozo que hubo a cargo del gobernario y que el nuestro Almirante no pudo salvar. Se dejaron cuarenta hombres en total para que construyeran un fuerte en la parte más occidental de la isla de La Española, entre ellos un calafate, un cirujano, un tonelero, un sastre y un bombardero y todas las armas y vituallas para ello. Perdimos a Pinzón y su nave que se fueron a buscar tesoros por su cuenta, pero volvieron e hicimos juntos el viaje de regreso, que fue más corto y salvo que el primero dellos.

Y así quede para que mis hijos y los hijos de mis hijos sepan la verdad de lo que ocurrió en aquel viaje, el primero de los que hicimos al amparo del Almirante, que fue Virrey y Gobernador de las islas de las Indias y que luego supimos todos, era una tierra nueva, que un impresor de la Germania llamó América en honor al florentino Amerigo Vespucci, amigo en vida del Almirante y quien viviera en su casa de Sevilla... p... t... c...

La carta estaba emborronada en el último párrafo y solo se leían letras sueltas. Pero lo importante, el secreto familiar, estaba allí y era hora de acabar con él. Hernando miró la estantería, donde guardaba varios centenares de libros, muchos de ellos con huecos dentro. La flama que ardía sobre la vela se extinguía. Su hermano Diego dormía sobre la mesa y si no fuera por la pesada respiración, se habría acercado a tocarlo. Demasiada *Acquetta* para su gusto.